

**Una humeante sopa de puerros.**

**E**L auto se defiende.

—Señor— me dice el oficial—, está usted en su casa. Yo sabía que a su señora madre le causaría una gran alegría el volver a verle. No se ocupe de más nada que abrazarla.

Yo estaba tan aturdido de la cosa que me dejé plantar allí sin replicar palabra.

El auto se alejaba ya.

—A fe mía— exclamé cuando recobré el aliento—, ya se explicará todo esto.

Y con las rodillas femblosas, tambaleándome de alegría, así el llamador de la vieja morada y lo alcé tres veces.

Gertrudis fué quien vino a abrirme. Yo sólo tuve tiempo de descubrir su toca y su gorro. Ella lanzó un grito, dejó caer la linterna y huyó como una loca.

Yo recogí la linterna del suelo, cuyos cristales se habían roto, aunque no se había apagado, y después de cerrar la puerta corrí detrás de la

criada jurándole que no se las había con mi fantasma, sino con mi persona viva.

Pero ella ni siquiera se volvía a mirar, y después de atravesar el patio se precipitó literalmente en el comedor. Al entrar yo en él casi al mismo tiempo que ella, descubrí a mi madre, que también se puso a lanzar gritos y a alzar los brazos en el aire. Delante de mi madre, que se hallaba sentada ya para cenar, reconocí encima de la mesa la vieja sopera de fayenza con dibujo de flores en la que tantas veces había comido yo la sopa de puerros, plato que adoro. ¡Esta sopera aparecía humeante y odorante! ¡Miserero de mí! ¡Qué dulce y confortadora hubiera podido ser para los apetitos del alma y el cuerpo esta hora de retorno! ¡Ay! Yo me había creído que mi madre se levantaba para tenderme los brazos; pero no. Abandonando mesa y sopera retrocedía hasta la pared y parecía apartarme con sus dos manos suplicantes, como si yo hubiera sido una aparición temible.

—¡Pero cómo, madre mía!— exclamé—. ¿No me conoce usted?

—¡Tú, hijo mío, tú...— repuso ella—. Desgraciada criatura, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Quién te ha traído aquí para tu pérdida y ¡ay! para tu castigo? ¡Huye! ¡Huye sin perder un segundo!... No sigas un instante más bajo este techo. ¡Teme la venganza del hombre al que has ultrajado!

A lo primero, oyendo estas palabras, viendo aquella inesperada mímica, tropezándome con aquella acogida tan poco en consonancia con la que yo había esperado encontrar, me quedé

parado, atónito. Al fin, como la misma Gertrudis se pusiera a chillar y quisiera arrastrarme a la fuerza fuera de la casa, sin darme tiempo siquiera a abrazar a mi madre, acabé por decir con el tono de una consternación sin límites:

—¿Qué venganza?... ¿Qué castigo?... ¿A quién tengo yo que temer?... ¿A quién he ultrajado? ¿Qué crimen he cometido, en fin, para ser recibido de este modo, a la hora de la cena, en casa de mi madre?

—Carolus—me dijo mi pobre madre castañeando literalmente los dientes—. ¡Lo sabemos todo!... ¡Ah! Nos lo ha dicho él!... ¡Y nos ha hecho pasar aquí unas horas!... Pero la casa está vigilada... Abrazame y vete... Yo rezaré por ti.

—¿Cómo?— exclamé yo recobrando fuerzas con mi indignación—. ¿De qué es de lo que se trata?... ¿Quién es el que me odia? ¿Por quién está vigilada la casa?...

—¿Y lo preguntas tú?

—Pues claro. Yo no comprendo absolutamente nada de esas historias... Yo he obrado siempre de buena fe por todas partes desde que estoy en el mundo, y no he hecho daño a nadie ni de un lado ni de otro... En fin, a partir de la guerra he puesto especial cuidado en mis actos, como era mi deber... ¡Yo soy neutral!

—¡Eres neutral, eres neutral!—gimió mi pobre madre con voz sorda—. *Pero esa neutralidad no ha impedido raptar a la mujer del almirante von Treischke...*

—¿Eh? ¡Mamá! ¿Qué es lo que dices?

—¡Oh, pobre hijo! No intentes negar... A una

madre se le puede decir siempre la verdad. El corazón de una madre tiene tesoros de indulgencia, aun para las faltas más graves.

Yo me ahogaba, literalmente me ahogaba... La convicción de mi ignominia que tenía mi madre, el espanto con que la vieja Gertrudis consideraba a un maldito de mi especie, sin dejar de persignarse, el sentimiento personal que tenía yo de mi virtud inútil... ¡Oh! ¿Cómo no iba a ahogarme?... ¡Pero no sólo con un ahogo moral, sino con un ahogo físico, físico!... Sólo tuve tiempo para arrancarme la corbata... Un segundo más y hubiera rodado por la alfombra...

Así, pues, he ahí lo que aprendía de regreso a mi país: yo pasaba por haber raptado en Madeira a la bella Amalia Edelman, la señora de von Treischke.

—En fin, mamá—exclamé—, tú me conoces; ¿cómo has podido creerme capaz de semejante crimen?...

Había tanta fuerza en mi protesta, tanta inocencia en mi voz, que mi madre me abrió por fin sus brazos, y yo pude precipitarme a su regazo, llorando como un niño.

—De todas las desgracias que me han perseguido desde mi partida—declaré entre dos sollozos—, la mayor sin duda ha sido la que me aguardaba a mi llegada...

Entonces le tocó a mi madre acariciarme, y hasta la misma Gertrudis vino a presentarme excusas, pero yo rechacé a esta última violentamente.

—¿Quién es el que os ha informado tan agradablemente respecto a mí?

—¡Ay!—repuso mi madre (pues de tal modo había rechazado yo a Gertrudis, que la pobre criada sólo tenía ya fuerzas para llorar)— ¡Ay! El mismo almirante von Treischke ha sido quien vino aquí a contarnos la cosa con multitud de detalles y amenazas terribles. Desde entonces, nosotras somos tratadas como prisioneras. El nos hace vigilar por dos criados que nos ha impuesto. No nos permite recibir ninguna correspondencia que no haya sido visada previamente por su policía particular, y nos abre todas las cartas. Sin duda nos cree cómplices tuyas en esa turbia historia... Pero, en fin, ya que por tan extraña casualidad te encontrabas tú en Madera cuando tuvo lugar la desaparición de su mujer y de sus hijos, y que desapareciste al mismo tiempo que ellos, debes de tener una idea de lo que ha sido de ella.

—¡Una idea!... ¡Ah, madre mía!... Ya lo creo que tengo una idea de lo que ha sido de ella... Yo, que paso por haber raptado a Amalia, no he cesado de perseguir a sus raptos, y si hoy me encuentro aquí es para salvarla. Ahí tenéis lo que podéis decir de mi parte al almirante von Treischke, si aún tenéis ocasión de verle.

Dicho lo cual, sin esperar siquiera a saborear el efecto producido por tan sensacional declaración, y persuadido de que en cuanto me entrevistara con el almirante se acabaría aquel funesto error, esperando que ya tocaba al término de mi mala fortuna, me desprendí dulcemente

del abrazo apasionado, aunque tardío, de mi anciana mamá, y me precipité sobre la humeante sopa que había confeccionado Gertrudis... una famosa sopa de puerros, cuyo aroma me embriagaba desde hacía cinco minutos, a pesar del nuevo aspecto trágico que habían parecido tomar las cosas para mí por un instante.

—Siéntate, mamá... Tengo apetito, y ante todo vamos a comer la sopa de Gertrudis, como en otros tiempos, como si nunca hubiera habido guerra o como si ya se hubiera terminado..., y sobre todo como personas que tienen la conciencia tranquila, lo cual siempre es un consuelo, aun en los tiempos que corren.

Tras lo cual, cuando absorbía mi primera cucharada, después de haber paseado una mirada humedecida por todas las viejas cosas que me rodeaban, por el viejo aparador, el arca, los viejos cubiertos y los abollados cacharros de cobre que guarnecían las paredes, y cuando me disponía a dar gracias a la Providencia por el cuidado que había tenido de llevarme tan felizmente al puerto después de semejantes borrascas, oí una voz que decía:

—¡Perdón, caballero! ¿Podría usted decirme qué ha hecho usted de mi mujer?

Yo me volví. Ante mí tenía una cara harfo antipática: la del propio señor almirante von Treischke, llamado *el Taciturno* (1).

(1) Léase la continuación en *La Batalla Invisible*. M. Aguilar, editor.